

ANGULO INÍGUEZ, Diego, y PEREZ SANCHEZ, Alfonso E. *Historia de la pintura española. Escuela madrileña del segundo tercio del siglo XVII*, Instituto Diego Velázquez, Madrid, 1983, 421 páginas, 399 láminas.

Aparece ahora el tercer volumen de la monumental historia de la pintura española, emprendida por Angulo Iníguez y Pérez Sánchez. El modelo escogido desde su iniciación mantiene su vigencia, es decir, biografía, catálogo e ilustraciones de la obra de los artistas comprendidos. Sábese por experiencia el acierto de esta concepción, pues se realiza una historia de la pintura en la cual cada artista queda reflejado a través de una monografía completa. Esto supone un conocimiento total de los pintores, de suerte que para cada posible acrecentamiento el libro resulta elemento básico de consulta.

Sólo desde la atalaya de conocimientos de los autores puede abordarse una empresa semejante. La red de información que la tarea supone dado que las obras se hallan repartidas por el mundo entero, es otra consideración que enaltece el mérito de la investigación.

En la Introducción quedan establecidos los propósitos para este volumen. Se trata de un grupo de maestros integrados en la escuela de Madrid, contemporáneos de Velázquez, que desarrollan su tarea de una forma paralela, dada la enorme clientela que buscaba sus pinceles. Son artistas que se mueven en un segundo plano, en un tono general como dicen los autores «muy conservador». Pero no se trata de establecer tanto una tabla de valores, como de llegar a un estado de conocimiento pleno. El alcance de la pintura española no se logra solamente hablando reiteradamente de las cúspides de la escuela.

Con todo, brillan personalidades acreditadas, como Antonio de Pereda, José Leonardo (se prefiere este nombre, al de Jusepe) y Fray Juan Rizi.

El repertorio de pinturas es abrumadoramente religioso. Con todo ya es subrayado por los autores el hecho de la presencia de pinturas de carácter civil. No sólo se trata de naturalezas muertas, sino de paisajes y vistas urbanas como soporte de un tema bíblico o mitológico, que como se advierte son fruto de una clientela diferente a la eclesíastica, «profana y urbana». El contingente de pinturas de Francisco de Collantes, en las que el paisaje define el valor esencial del cuadro, revela una auténtica especialidad, máxime cuando una parte de este repertorio es paisaje puro.

Se sitúan también en primer plano las pinturas de un artista últimamente valorado, Francisco Gutiérrez, autor de magníficas perspectivas urbanas para escenificación de episodios bíblicos. Desde esta misma óptica, estaba muy necesitado el poner al día la obra de uno de los más eminentes pintores de escenas de mar, Juan de Toledo.

Gran mérito del libro es ofrecer la personalidad de pintores cuya significación era hasta ahora patrimonio de grandes especialistas. La puesta al día de artistas como Diego Polo o Andrés de Vargas es un indicio.

No podrá tampoco agradecerse bastante el valor de las ilustraciones. Tener ante la vista un tan selecto corpus de la obra de estos pintores supone no solamente abordar el conocimiento y el goce estético, sino tener la base imprescindible y cómoda para ulteriores descubrimientos. Muchas veces se silencia este tipo de colaboraciones. Por citar un ejemplo, la serie de Angeles del Convento madrileño de La Encarnación, pintada por Bartolomé Román.

Estamos ante una obra básica, verdadera piedra angular de los estudios de nuestra pintura del Siglo de Oro. Los autores saben cuánto debemos a sus conocimientos y esfuerzo.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.